

Viaje en el tiempo

La exposición “De Iberia a España a través de los mapas”: un recorrido por la evolución de la representación cartográfica de la península Ibérica.



►Exposición
"De Iberia a España",
en el Instituto Geográfico Nacional.

cartografía peninsular

Tras la exposición “Ecúmene, la evolución de la imagen del mundo”, que ocupó durante el pasado año la sala de exposiciones del IGN, le toca ahora el turno a nuestra Península. Hasta el mes de abril de 2019 se podrá visitar la muestra “De Iberia a España a través de los mapas”, un recorrido desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII por la imagen cartográfica del territorio que Estrabón comparó con una piel de toro.

Se ha dicho a veces que un lugar no se descubre realmente hasta que no ha sido cartografiado y que, en consecuencia, pueda ser alcanzado de nuevo. La frase, referida sobre todo a la época de los grandes descubrimientos, podría aplicarse no obstante a cualquier momento y territorio. La Península Ibérica, visitada una y otra vez desde tiempos remotos, no es una excepción. Es de suponer que si Estrabón (que, por cierto, nunca llegó a visitar estas tierras) pudo hacer aquella famosa comparación, fue porque antes había visto unos cuantos mapas de este rincón del Mediterráneo, aunque ninguno haya llegado hasta nuestros días, realizados por fenicios y griegos, y que permitieron poner límites a lo que entonces era el extremo occidental del mundo conocido, donde unas míticas columnas de Hércules, a ambos lados del estrecho de Gibraltar, señalaban el confín del ecúmene, la parte del mundo que, según los antiguos, era habitable por los seres humanos. Más allá, un océano ignoto y terrible plagado de monstruos, pero también una oportunidad de expansión y descubrimientos. Esa condición de finis terrae fue la que llevó a todos los pueblos de la Antigüedad a recalcar en ella y, por tanto, a cartografiarla, comenzando por sus costas y, más tarde, también el interior, poniendo sobre el plano su accidentada geografía, cada vez con una mayor precisión y exactitud.

Esa evolución en la forma de representar la imagen de nuestra Península es la que nos muestra la exposición del Instituto Geográfico Nacional (IGN) a través de medio centenar de mapas, varios atlas, vistas de ciudades y un globo terráqueo. Salvo unos pocos facsímiles –de excelente reproducción–, la mayoría de los documentos mostrados son originales,



lo que pone de manifiesto la importancia de la labor del Instituto en orden a preservar y difundir la cartografía histórica como parte de un patrimonio documental y bibliográfico de incalculable valor.

La Península en la Antigüedad

Varios textos anteriores a la era cristiana hacen referencia a un pueblo del suroeste peninsular al que llamaron Tarsis o Tartessos con el que comerciaron los pueblos del Mediterráneo. Los fenicios fundaron en el sur colonias como Gades o Gadir, llegando incluso a las Canarias (llamadas islas Afortunadas), y exploraron las costas atlánticas hasta unas míticas y cambiantes islas Casitérides, de las que obtenían estaño, y que los primeros geó-



► Mapamundi de la *Cosmographia* de Ptolomeo. Pietro del Massaia, 1472. (Biblioteca Apostólica Vaticana).

grafos situaron frente a las costas de Galicia. También los griegos fundaron colonias en la costa levantina de la que ellos conocieron como Iberia (del río Ebro, Íber). La Iberia de griegos y fenicios —ya por entonces púnicos cartagineses— fue seguida por la Hispania romana, dividida primero en dos provincias, Citerior y Ulterior, y más tarde en tres, Lusitania, Baetica y Tarraconense.

Sin embargo, y a pesar de la gran relevancia que debió de tener nuestro territorio, ningún mapa ha llegado hasta nuestros días, con excepción de la denominada *Tabula Peutingeriana* (el nombre proviene de Konrad Peutinger, humanista alemán), que es la representación de un itinerario romano del siglo IV, cuya copia conservada más antigua data del XIII.

La Península Ibérica no es una excepción, y salvo muy escasas representaciones realizadas sobre materiales duraderos —petroglifos, tablillas mesopotámicas, monedas griegas o tumbas egipcias—, no han llegado hasta nosotros los mapas que con seguridad confeccionaron todos los pueblos antiguos. Por supuesto los tuvieron, y se sabe de la existencia de un mapamundi del siglo VI a. de C., atribuido al griego Anaximandro de Mileto, en el que se dividía el mundo en dos partes, Europa y Asia, incluyendo en esta última a África, entonces denominada Libia. Cuatro siglos más tarde, Crates de Mellos construyó un gran globo terráqueo con cuatro continentes, de los que solo uno era habitable, separados por masas de agua u océanos relativamente estrechos. Pero no sería hasta el desarrollo de la geometría y la utilización de proyecciones cartográficas —cuya invención se atribuye a Hiparco de Nicea en el siglo II a. de C.— cuando se haría posible plasmar con cierta exactitud una superficie curva, la Tierra, sobre otra plana, el mapa.

En este sentido, el gran referente sería Claudio Ptolomeo, nacido en la Tebaida egipcia hacia el año 100 de nuestra era. Astrónomo, matemático y geógrafo, trabajó en la biblioteca de Alejandría, donde, tomando como base las mediciones de la Tierra de otros astrónomos, elaboró la famosa *Geographia*, una guía para hacer mapas que ejerció una influencia incontestable durante más de 1.500 años. La obra de Ptolomeo, conocida por copias posteriores que se conservaron en Bizancio, fue redescubierta en el Renacimiento, sirviendo de base desde entonces y hasta el nacimiento de la cartografía moderna para todos los mapas que se confeccionaron posteriormente. Gracias a la *Geographia* de Ptolomeo, a falta de mapas originales de la época, sabemos la imagen que griegos y romanos tenían del mundo entonces conocido.

El paréntesis medieval

Hasta el redescubrimiento de la *Geographia* de Ptolomeo y, con él, de la cartografía científica, el mundo siguió, por supuesto, haciendo mapas. Durante la Alta Edad Media se asistirá a una representación predominantemente simbólica y esquemática del orbe, en la que primará el punto de vista religioso. En la exposición del IGN se pueden ver algunos mapas de los pintados en los conocidos como *Beatos*, los códices iluminados del *Comentario al Apocalipsis de San Juan*, escrito entre los años 776 y 786 por el abad del monasterio de San Martín de Turieno (actualmente Santo Toribio de Liébana,



► Mapamundis de códices del Comentario al Apocalipsis de San Juan, de Beato de Liébana. (Facsimil. Fondos cartográficos del IGN).

en Cantabria). Transmitidos a lo largo del Medievo con un enorme impacto, varios de estos códices incluyen mapamundis en los que se representan, rodeados por el océano, los tres continentes conocidos, Asia, Europa y África, así como los principales ríos, montañas y otros accidentes. Una particularidad de los mapas de esta época, basados en las descripciones del Génesis y con intenciones puramente religiosas, es su orientación con la parte superior hacia el Este, donde se representa Asia con el Jardín del Edén –al fin y al cabo la palabra “orientación” proviene de dirigirse o mirar a Oriente–; África se encuentra en la parte inferior derecha y Europa en la inferior izquierda, ocupando el Mediterráneo la parte más central del mapa. En ese cuadrante inferior izquierdo, lindando con el océano desconocido, se sitúan las tierras que hoy constituyen la Península Ibérica.

Frente a esta visión religiosa, la otra gran manifestación de la cartografía, ya a finales de la Edad Media y principios de la Moderna, estará dirigida a fines más prácticos, los de la navegación, que ya se servía de la brújula y otros instrumentos. Las cartas náuticas y los portulanos recogían con bastante exactitud el perfil de las costas de todo el Mediterráneo, incluida la Península Ibérica. Fue una variedad de la cartografía en la que destacaron los cartógrafos judíos pertenecientes a la escuela mallorquina, especialmente Abraham Cresques y sus

continuadores, como en el facsimil expuesto de la Carta de Mecià de Viladestes (1413). Los portulanos de zonas limitadas dieron lugar a cartas mucho más amplias, como el curioso mapamundi circular catalán (anónimo de hacia 1450, cuya reproducción también puede verse en la exposición), el único de estas características de la escuela mallorquina antes citada. En él, con el mismo diseño que los portulanos –líneas loxodrómicas y banderas o escudos de reinos y ciudades–, se combinan los datos de las exploraciones recientes de los

► Detalle de Atlas Catalán Cresques, 1375, una de las cartas náuticas más relevantes del final de la Edad Media. (Facsimil. Fondos cartográficos del IGN).





► Edición del Siglo XVI de la *Geographia* de Ptolomeo.

navegantes con fuentes bíblicas y literarias, como los viajes de Marco Polo.

El redescubrimiento de Ptolomeo

Desde el siglo XIV la ciencia geográfica asistiría al renacer de la llamada cartografía científica, basada en el libro de Ptolomeo, que se tradujo al latín por primera vez en 1406. Frente a los mapas de simbología religiosa fundados en las Escrituras, o las cartas y portulanos locales levantados con datos empíricos —y que, paradójicamente, eran más exactos que los mapas “científicos” ptolemaicos ya que se basaban en singladuras reales y mediciones hechas *in situ*—, se daría la prioridad a los mapas realizados según las proyecciones que Ptolomeo ideara más de mil años antes. En efecto, la *Geographia* contenía instrucciones para realizar proyecciones del mundo, así como para seccionar ese mapa y obtener otros a mayor escala de carácter regional, 26 según la mayoría de ediciones (12 de Asia, 10 de Europa y 4 de África; el de la Península, el segundo: *Tabula secunda Europae*). En su libro, Ptolomeo ofrece dos proyecciones de tipo cónico o pseudocónico, una con meridianos rectos y radiales y paralelos curvos y concéntricos, y otra con paralelos y meridianos curvos. Además, la *Geographia*

incluye una lista de coordenadas geográficas de ocho mil lugares —alrededor de 500 en la Península Ibérica— basadas en la longitud y latitud en grados. El primer meridiano pasaba por las islas Afortunadas y los mapas están orientados con el Norte en la parte superior. La exposición del IGN muestra algunos de estos lujosos atlas ptolemaicos de gran tamaño.

La influencia de la *Geographia* fue enorme y sus mapas establecieron una forma de concebir el mundo que ha llegado hasta nosotros. No obstante, en una época a las puertas de la Revolución Científica, en que la navegación y los grandes descubrimientos vivieron su momento dorado, se comprobó muy pronto que las proyecciones ptolemaicas estaban lejos de ser perfectas —ninguna proyección cartográfica lo es—, produciendo una perspectiva trapezoidal o de “estiramiento”, algo que se puede apreciar perfectamente en los mapas de la Península Ibérica. A ello habría que añadir que Ptolomeo había partido de unas mediciones previas de la esfera terrestre que daban como resultado un mundo mucho más pequeño. Estas contradicciones entre las observaciones de fuentes más actuales y los mapas de Ptolomeo dieron lugar a las denominadas *tabulae modernae o novae*, mapas modernos que corregían en parte esos errores y que a partir de

De Iberia a España

► Tabula Moderna Hispania (1482). Es el primer mapa impreso de España con el contorno "moderno", no obtenido a partir de mapas ptolomaicos. (Fondos cartográficos del IGN).



► Tabula Secunda Europae, de Martín Saldseemüller, 1513, que representa a la Hispania romana con la característica silueta de los mapas ptolomaicos. (Fondos cartográficos del IGN).



► Tabula Moderna Hispania. Mapa "moderno" de España incluido en la edición de la Geographia de Ptolomeo de S. Münster de 1544. (Fondos cartográficos del IGN).





► Mapa orlado de Johannes Visscher, 1623. (Fondos cartográficos del IGN).



► Mapa de la Península Ibérica de Vincenzo Maria Coronelli, incluido en su Atlante Veneto, 1691. (Fondos cartográficos del IGN).



► Mapas de las islas de Mallorca y Menorca de Fernando Bertelli, 1565. (Fondos cartográficos del IGN).

Al finales del siglo XV empezaron a incluirse cada vez con mayor frecuencia en los atlas ptolemaicos. Es el caso, por ejemplo, de la *Geographia* de Ulm, publicada en 1482. En esta obra, cuya segunda edición, de 1486, puede verse en la muestra del IGN, se incluye el primer mapa “moderno” impreso de España.

De esas fechas es también el globo terráqueo de Martin Behaim, del que el IGN exhibe una copia. El de Behaim –astrónomo y navegante alemán que trabajó para la corte portuguesa– es el globo más antiguo que se conserva, aunque, el mismo año de su construcción, 1492, ya se había quedado obsoleto: faltaba, claro está, todo un continente.

De los atlas de bolsillo a la Ilustración

Los siglos XVI a XVIII están considerados como la edad de oro de la cartografía. Geógrafos y grabadores italianos, flamencos y holandeses, muchos de ellos al servicio de los reinos hispánicos, elaboraron mapas mucho más exactos que los de sus predecesores gracias a los recientes descubrimientos y a nuevos instrumentos científicos, como el cronómetro marino, de importancia trascendental para medir la longitud, perfeccionado a principios del siglo XVIII.

Por otro lado, se desarrollaron mapas más variados, como los temáticos, entre los que podrían

destacarse los islarios o “isolarios”, un género muy de moda a lo largo del siglo XVI, que consistían en compendios de mapas que representaban solo islas, generalmente acompañados de un mapamundi. En la exposición del IGN se puede ver el “isolario” de Benedetto Bordone, cuya primera edición está fechada en 1528 (el que posee el Geográfico es la segunda edición, de 1534) y que contiene 111 mapas de islas de todo el mundo. De las costas de nuestra Península se representan, además de las Baleares, la “isla” de Cádiz –que aparece, en efecto, como una isla bastante separada de la costa– y las míticas Casitérides, frente a las costas gallegas (y en cuyo lugar, en algunos mapas, una vez comprobado que las Casitérides eran pura leyenda, se situaba a las Azores, evidentemente muy alejadas de su posición real).

Durante esta “edad dorada” de la cartografía, los atlas y mapas adquirieron, además, un valor no solo práctico y científico sino también estético, que los convirtió en objeto de deseo de muchos coleccionistas. Uno de los más apreciados fue el *Theatrum Orbis Terrarum*, de Ortelius, publicado en 1570 y considerado el primer atlas moderno. Su tamaño, su encuadernación, la calidad del grabado e impresión hicieron del *Theatrum*, al igual que de otros grandes atlas, un objeto de lujo al alcance de muy pocos. Ello dio lugar a la aparición, a finales de esa misma centuria, de los atlas de bolsillo, más manejables, de menor precio y asequibles para un mayor número de coleccionistas. Del propio atlas de Ortelius se realizaron desde 1577 y a lo largo de todo el siglo XVI varias ediciones de bolsillo bajo



► Vista de Bilbao perteneciente a la obra *Civitates Orbis Terrarum* de George Braun y Franz Hogenberg, 1572-1617. (Fondos cartográficos del IGN)

el nombre de *Epitome* o *Enchiridion*. Otros cartógrafos como Mercator y Hondius también publicaron sus atlas en este formato.

Novedad del siglo XVII fueron los mapas orlados, de los que la exposición también presenta una buena muestra. Estos mapas, también conocidos como *cartes à figures* y que tuvieron una gran demanda del público, se adornaban con una orla alrededor del elemento cartografiado, bien en dos de sus lados o en los cuatro, en la que se representaban vistas de ciudades, escudos y banderas, personajes con atuendos típicos del lugar o personajes ilustres. Existieron mapas orlados de diferentes tipos, mundiales, regionales, de países, etc. El primer mapa orlado conocido de la Península Ibérica se debe a Hondius, que lo realizó hacia 1610. Uno de los más ricamente decorados, que puede verse en la exposición junto a otros, es el de Nicholas Visscher (1623), en cuyas orlas superior e inferior se representan vistas de ciudades españolas y portuguesas, y en las laterales, figuras con atuendos típicos de cada región.

Las vistas de ciudades, como las representadas en estas orlas, fueron también objeto de otra cartografía temática de esta misma época. Obra

cumbre del género es sin duda el *Civitates Orbis Terrarum*, publicado en seis tomos entre 1572 y 1617. Pensado como complemento al *Theatrum* de Ortelius, es una colección de vistas panorámicas, planos y textos explicativos de cerca de 500 ciudades de todo el mundo, constituyendo uno de los principales proyectos editoriales de la Edad Moderna.

Durante el siglo XVIII, los avances en astronomía que había propiciado la Revolución Científica de la mano de genios como Kepler, Newton, Halley o Huygens permitirán realizar mapas con mucha mayor exactitud. Se crean, además, las primeras instituciones, academias y sociedades que darán un gran impulso al avance científico en todos los campos. En cartografía, destacan en esta época los geógrafos franceses como Guillaume de Lisie Nolin o Robert de Vaugondy, que tuvieron una gran influencia en la cartografía española. En este siglo, varias expediciones y trabajos científicos suponen la adquisición de nuevos datos que, a la larga, darán lugar a avances en la cartografía hispana. Así, en 1734, Jorge Juan y Antonio de Ulloa participan en la expedición francesa de La Condamine al Virreinato del Perú con el fin de medir el arco del meridiano terrestre. Entre 1789 y 1794 tiene lugar la





► Carta del Estrecho de Gibraltar de Claes Jansz Vooght; Johannes van Keulen, y Jan Luiken, (grabador), realizada en 1695. (Fondos cartográficos del IGN).

expedición Malaspina, con el resultado de un atlas y varias decenas de nuevas cartas náuticas. Por su parte, en España, Vicente Tofiño, director de la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz, fue el primero en emprender la medición de las costas españolas con métodos astronómicos, dando lugar su trabajo al Derrotero de las costas de España (1787). Fruto de todo ello es la creación en 1797 de la Dirección de Trabajos Hidrográficos con el fin de coordinar y sistematizar en nuestro país la producción cartográfica.

En estos años finales del XVIII, no puede dejar de mencionarse en la cartografía española a Tomás López de Vargas Machuca (1730-1802), que se había formado en Francia especializándose en el grabado y dibujo de mapas. Su obra llenó un vacío existente en la cartografía española, la de un mapa general con la división administrativa del territorio reflejando sus jurisdicciones eclesiásticas, civiles y judiciales. La influencia de los trabajos de López se dejó sentir en las décadas posteriores, incluso una vez implantada la división provincial de Javier de Burgos (1833), pues los primeros nuevos mapas administrativos de nuestro país, como el que cierra la exposición del IGN, seguían basados en las mediciones y dibujos del gran cartógrafo ilustrado.

INFORMACION práctica de la exposición:

Localización

Instituto Geográfico Nacional (Acceso por la Casa del Mapa)

C/ General Ibáñez de Ibero, 3. 28003 – Madrid

Metro Guzmán el Bueno

Visitas

Libre: de lunes a viernes, de 12 a 14 h.

Guiada: hasta el 17/04/2019,

previa solicitud al correo de Reservas

Fechas

Del 26/04/2018 al 20/04/2019

Reservas e información

documentacionign@fomento.es

Entrada gratuita